

hombres de la ACADEMIA del PLATA

1869 - 1900

Por NESTOR TOMAS AUZA

EN abril de 1879 tenía lugar la creación de la Academia Literaria del Plata. Esta institución, nacida bajo el amparo de las bóvedas del Colegio del Salvador, venía a nuclear a un conjunto de hombres jóvenes que, habiendo egresado de las aulas de los colegios jesuitas, tuvieran las cualidades necesarias para hacer de la palabra y de la pluma, un instrumento permanente al servicio de sus convicciones religiosas. La Academia se convertía de esta manera, en un semillero seleccionador de los mejor dotados, de los más animosos, bajo cuyo calor sus miembros hallarían el medio necesario para progresar en la virtud y en el cultivo de la inteligencia con dedicación y perseverancia. Eran aquellos años pocos propicios para una labor de esta índole. Un notable escritor, verdadero representante de la gran

generación universitaria liberal, Miguel Cané, tratando este mismo tema escribía la siguiente definición, gráfica como una fotografía: "*Publicar un libro en Buenos Aires es como recitar un verso de Petrarca en la Bolsa*". Sin embargo, para esos años surgía, vigorosa y desinteresada la tercera gran generación argentina, que irrumpía para quebrar los moldes gastados de la política, la enseñanza, el periodismo y las letras: la generación del ochenta, así llamada porque a partir de esos años daría sus frutos, aunque no todos los que por talento les hubiera correspondido de no haber dilapidado buena parte de sus dones en el quehacer disipador del ajetreo político que, por otro lado, resultaba imposible desechar.

En aquella magnífica generación, en donde cabían tan variadas vocaciones y tan diversos matices del talento y del carácter, ya se perfilaban nítidamente dos concepciones diversas de la vida; dos distintas actitudes que significaban, también, posiciones radicales en la forma de ver el país, de interpretar su realidad y de conducirlo por la ley hacia su destino histórico. La una de esas corrientes se afiliaba a la concepción liberal y podía ubicarse como naturalista en política, positivista en filosofía e indiferente en religión. La otra, estaba formada por aquellos que hacían de la religión católica no solo una creencia religiosa, sino un sistema de vida respetuoso del hombre y de la sociedad. Estos no desechaban el progreso del siglo ni constituía un grupo retrógrado dentro del cuadro de las fuerzas sociales del país, antes por el contrario, desde años atrás, estaban entre los primeros en las grandes y necesarias innovaciones que se venían realizando. Pero, eso sí, no estaban dispuestos a aceptar todo lo que el siglo parecía querer imponerles: un esquema liberal de la vida cuyo precio consistía, no en abandonar su fe, sino en relegarla al santuario de la intimidad, sin permitirle la más mínima proyección

social, cultural y política. Era esto lo primero que rechazaban aquellos jóvenes católicos, como rechazaban, también el programa político-social de la joven generación liberal que postulaba, ante todo, el cambio radical del tiempo humano argentino, mediante la inyección inmigratoria, destinada a cambiar de raíz, el contenido de la población. Y en este cambio, las seculares tradiciones religiosas jugaban un papel decisivo. De ahí que, a poco de iniciarse el año ochenta, y a poco de inaugurar la Academia del Plata sus sesiones, comenzaba, entre ambas corrientes de esa generación, una lucha abierta, la más notable, la más larga, la más reñida y la más trascendental de cuantas se han librado en el campo de las ideas en la historia argentina.

El cuadro político existente en el año de inaugurar la Academia sus trabajos no era menos dramático, y sin duda los fundadores de la misma no alcanzaron a percibir toda la trascendencia que adquirirían los sucesos de que eran espectadores. Hemos señalado el mes de abril de 1879 como el inicial de la Academia. Precisamente para esos meses comenzaba a surgir, desde las provincias del interior más precisamente desde Córdoba, una precandidatura para la futura presidencia de la Nación. Esa candidatura era la del General Roca, joven y afortunado militar a quien un cúmulo de circunstancias favorables y la destreza y entereza que él y un grupo de amigos demostrarían, le harían llegar, finalmente, a ocupar la sexta presidencia nacional después de Urquiza. Mas para que ello sucediera sería preciso pasar por una dura prueba, la dura prueba que significó el último enfrentamiento armado de provincianos y porteños, que cerró el ciclo iniciado en Caseros. Esa prueba estuvo dada por las alternativas dramáticas que precedieron a la revolución del ochenta y su desenlace sangriento, siendo protagonistas máximos el Presidente Avellaneda y el gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, un provinciano y un porteño. La

consecuencia final, producida en 1880 fue la ley de Capitalización dictada por el Presidente Avellaneda y el triunfo electoral del General Roca como Presidente de la República, sostenido por el Partido Autonomista Nacional, partido en donde militaban la mayoría de los hombres jóvenes del país. En el seno de ese partido y de esa presidencia, se desencadenaría la lucha ideológica que hemos mencionado, y de la corriente católica saldrán la mayoría de los hombres que ingresarán en la Academia del Plata, en el período 1879-1900.

¿Existía en Buenos Aires, al fundarse la Academia del Plata, alguna institución similar? Por lo que nosotros conocemos podemos afirmar que no. Y en esto radica, precisamente, lo sorprendente de aquella generación católica, tan bien formada en carácter como profunda en contenido intelectual y espiritual. Aquellos hombres se habían educado con buenos maestros, aunque algunos no tuvieran títulos universitarios, pero sin sentir el aliciente que ofrece un medio propicio formado por la generosa emulación, y sin recibir el calor estimulante de la asociación. La Academia Literaria del Plata, vino, pues, en aquel año, a suplir esa deficiencia en la organización de los jóvenes católicos con vocación por las letras. Si bien la Academia estaba formada en principio por socios activos que eran exalumnos de los colegios jesuitas, fueron incorporados también, de manera casi inmediata, otras figuras de renombre dentro del catolicismo. Así sabemos que en la sesión del 1º de junio de 1879, vale decir, a poco de iniciarse, ingresaban en calidad de miembros honorarios, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Félix Frías, Manuel D. Pizarro, Pedro L. Funes, Emilio Lamarca, Apolinario C. Casabál. No serían estos los únicos, desde que pronto los acompañarían en igual calidad, Santiago Estrada, Miguel Navarro Viola, Toribio Ayerza, Enrique Prack, José M. Berrás. Estos hombres y otros más, revestidos con la au-

reola de prestigio conquistados en la lucha por la fe, harían de la Academia un foco de luz, adonde acudirían en sus días de sesiones públicas y veladas literarias, un público ávido de saber. El historiador Guillermo Furlong nos informa que en algunas circunstancias ese público llegó a dos mil almas y en otras muchas, colmó las instalaciones.

Por la trascendencia nacional que la Academia Literaria del Plata gozó durante ese período y por la influencia que ejerció con su actuación cultural, bien vale hoy recordar, brevemente algunos de los hombres que le dieron realce, y con su colaboración, hicieron factible una verdadera labor de irradiación cultural cristiana. No se puede comenzar a hablar de los católicos argentinos del siglo pasado sin poner en primer término al que fuera el ejemplo, el maestro de todos, Félix Frías. Por ello pudo decir con acierto Pedro Goyena que allí donde se reunieran los ciudadanos para tratar sobre los intereses religiosos del país, flotaba el espíritu de Félix Frías. Mas no por ser el primero encabeza esta lista, sino por haber sido realmente uno de los miembros iniciales de la Academia Literaria del Plata. Su colaboración para con ella fue muy escasa y ello tiene su fundamento. En los sucesos preliminares a la revolución del ochenta, tuvo Frías una activa participación creando el "Comité de Paz" que no pudo contener el huracán que condujo a los argentinos a la guerra. Terminados los sucesos, Frías sintiéndose enfermo, emprendió rumbo a Francia, cuyo aire había respirado tantos años, y allí le tomó la muerte, a poco de llegar. Pero en su tierra, quedaban sus discípulos.

José Manuel Estrada, el hombre providencial suscitado por Dios para encabezar las filas católicas de aquellos años, tenía treinta y siete años cuando ingresa en la Academia. Su nombre era familiar en los ambientes intelectuales de Buenos Aires y estaba asociado a producciones literarias desde la temprana

edad de los diez y siete años, habiendo obtenido con sus trabajos un justo renombre de periodista, polemista, historiador y orador destacado, adornado con los preciosos dones del carácter y del talento, que hicieron de él un equilibrado varón, fuerte, inteligente, perseverante, laborioso y, a la vez, indomable cuando estaban en juego los principios de la conciencia.

En aquellos años era ya admirado como maestro y no había campo donde su acción no se hiciera sentir, ni reclamo intelectual donde su pensamiento no diera una original y personal contribución. El periodismo católico, la docencia, las sociedades de beneficencia, los círculos literarios, contaban con su colaboración. Estaba en todo, pero con todas sus fuerzas, sin regateos ni medidas.

Su vinculación con los padres del Colegio del Salvador, venía de lejos, aunque lo que podríamos llamar una activa colaboración surgió recién después del incendio del Colegio, en 1875, y como consecuencia de presidir Estrada la Comisión de reconstrucción, en colaboración con Eduardo Lahitte, José M. Cullen, Adolfo E. Carranza, Emilio Lamarca, Jaime Llavallol y otros. Muy activa sería la colaboración de Estrada, en la defensa de la libertad de Enseñanza, que una errada interpretación quería cerceñar para el Colegio del Salvador, en 1883 y 1885. No podía, pues, faltar su nombre, indisputablemente siempre presente en todas las obras de bien, de la Academia. Fuera de la colaboración común y diaria sabemos que en octubre de 1890 pronunció una conferencia titulada "Papel de la juventud Católica". En aquella célebre noche, Estrada depositó su aliento de fuego en el corazón de su joven auditorio. *"El porvenir, les dijo, está ahí, el porvenir está en vosotros, ¡oh jóvenes! almas enamoradas del bien y sedientas de verdad! El porvenir está en vuestra misión social, y pende de vuestra fidelidad al deber! (...) El mal social no*

es tanto la irrupción fortuita de pasiones, la falta de ideas dominantes, que las seren en y reparen sus estragos cuando ellas se amortiguan: Los pueblos claman por reposo tras de sus grandes sacudimientos; pero claman en vano, si no tienen en su mente principios unánimes, brotados de la fuente eterna. Eso buscaron griegos y romanos, los indios y los egipcios, y los persas, como los incas y los aztecas, organizando sociedades bajo una religión nacional, levantando en honor de dioses imaginarios, altares de fraternidad patriótica y de expiación social... Los paganos, señores, discurrían mejor que los apóstatas. ¡Jóvenes cristianos! Preconizad el reino de Cristo. El reino de Cristo plasmará la sociedad argentina o la discordia de sus elementos la destruirá!"

Años después, en julio de 1882 nuevamente ocupa Estrada la tribuna de la Academia y en esa oportunidad el trabajo que lee se titula: *"Le Play y el liberalismo"*. Esta conferencia data, precisamente, de cuando se iniciaba la persecución del liberalismo porteño y Estrada preparaba la fundación del diario de combate *"La Unión"*. Hay una tercera conferencia, dada en 1889 sobre el tema *"El liberalismo y el pueblo"*. Estos dos últimos trabajos de Estrada, leídos en la Academia del Plata, son dos piezas básicas para estudiar su pensamiento político y social, y cabe a esta institución, el mérito de haberlas patrocinado. Estrada no pudo hacer nuevamente uso de la palabra en la Academia, pues poco después de la última fecha citada partía para el Paraguay, en donde fallece en 1894.

Hemos visto que el mismo día que hacía su ingreso José Manuel Estrada, lo hacía, juntamente, el doctor Pedro Goyena. Es imposible pronunciar el nombre de Estrada sin asociar el de Pedro Goyena. Amigos íntimos desde jóvenes, esa amistad se había agrandado con el paso de los años por una mutua afinidad de ideas y sentimientos y una mis-

ma vocación, y hasta, no obstante poseer distintos temperamentos, una misma sensibilidad en las cuestiones fundamentales. No es el caso de destacar los rasgos distintivos de ambos, conocidos en lo esencial, pero es preciso señalar esta dichosa asociación de afectos, esa intimidad de ideas y esa estrecha colaboración que ambos prestaron a la causa católica con abnegación. Una carta escrita por Estrada a Goyena lo certifica. Dice ella en una de los párrafos: *"Me decías ayer que parece que nosotros dos pensáramos con los mismos sesos. No sé si eso nos condena; pero sí sé que me fortifica. Nuestra amistad es vieja y nueva; vieja por la fecha y nueva por su permanencia"*.

Tenía Goyena un año menos que Estrada cuando fue llamado a ingresar a las filas de la Academia. Ya entonces era la admiración de sus jóvenes alumnos, por el saber que le inundaba y la gracia y la pureza en el decir con que engalanaba sus pensamientos. Periodista a los diez y seis años, y profesor de la facultad de derecho a los veintiseis, venía acompañado de la fama de crítico literario, tarea que desde nueve años atrás venía ejerciendo con prestigio y alta docencia. No era un escritor de abundante producción, y no es éste el lugar de señalar la causa, que desafortunadamente ha querido explicar Groussac, pero nadie dudaba, en cambio, de sus eximias dotes de artista de la palabra, de la palabra pronunciada en la cátedra o en la tribuna o en la intimidad de un círculo de amigos. Era habitual leer luego de un discurso de él, expresiones como la que espigamos entre otras muchas: *"Hace muchos años que tenemos un asiento en los parlamentos de nuestro país y no recordamos haber oído jamás un discurso de un efecto más inmediato y más eficaz. Nos encontramos aún bajo la influencia de aquellos acentos elocuentes y conmovedores. Ha sido aquél un triunfo de la inteligencia argentina; pero ha sido*

también un gran triunfo del sentimiento nacional".

Goyena colaboró de cerca con la Academia, y sus frecuentes visitas al Colegio así como su presencia en numerosos actos y festejos prueba el interés con que miraba su marcha. En 1886 formó parte del jurado encargado de dictaminar sobre los trabajos presentados en el concurso organizado para festejar el tercer centenario de Santa Rosa de Lima. Acompañaban a Goyena, en el jurado, Carlos Guido Spano, Santiago Estrada, Calixto Oyuela y el Pbro. Juan N. Terrero.

Sin embargo hay otra contribución de Goyena que merece recordarse por ser totalmente ignorada, y es el discurso que pronunció en la Academia, en el mes de junio de 1890, un mes antes de la conocida revolución del Parque y en momentos en que ésta se preparaba sigilosamente, preparación a la cual no era ajeno el Dr. Pedro Goyena.

Tratándose la Academia, en cierta manera, de una escuela de certámenes literarios y oratorios, fue muy bien recibida su palabra, máxime si se tiene en cuenta que Goyena, en esa oportunidad, se refirió, precisamente, a la elocuencia y la retórica, así como a los medios para cultivarla. Bien vale recordar los conceptos con que cerró su discurso: *"Vosotros, jóvenes Académicos, estáis destinados a ejercer las funciones políticas y a influir en la marcha social. Estudiad el manejo de la palabra. Los empíricos de baja estofa la desdeñan siempre; los genios maléficos pretenden suprimirla; pero ella no puede ser cohibida; se introduce en todas partes, como un soplo fugitivo y apenas audible, se acentúa, persiste, crece, agita el alma, germina, los lanza a la acción; eran ayer una masa inerte, son ciudadanos hoy. Con ella entran en el espíritu la vida, la salud, las promesas fecundas del porvenir!"*

"Sé bien que en la esfera más alta de los intereses morales y religiosos, la Pro-

videncia ha querido que la palabra venga directamente del cielo, que sea custodiada por la Iglesia y defendida por los labios purificados con carbones encendidos, como los labios del profeta Isaías.

"A nosotros los laicos nos incumbe también prepararnos moralmente, si hemos de hablar o escribir para el pueblo; pues en definitiva, tales como sean el corazón y la mente del escritor, así serán sus discursos y sus libros. Cuando salgáis a pelear en el mundo, el buen combate, hallaréis contrariedades, vituperios, calumnias, todas las formas del odio; pero si conserváis intacta la fe, ninguno de vuestros enemigos podrá arrebatáros la paz interior, ni borrar de vuestros labios la amable sonrisa que es en un rostro cristiano lo que la amarga ironía en el rostro del impío triste y orgulloso".

serrat, en Córdoba, en cuya Universidad obtuvo el grado de doctor, mientras se ganaba la vida como profesor, diríamos como notable profesor, ya que a sus diez y siete años dictaba matemáticas y física. Años después emprendía, como secretario particular de su tío el Obispo de Cuyo, Fray Wenceslao Achával, un viaje por el viejo mundo, lo que le permitió meditar sobre la marcha de las grandes instituciones políticas que sus ojos contemplaron. Vuelta de ese viaje ocupa una banca de Diputado por la provincia de Córdoba, ingresando al Parlamento al mismo tiempo que otras prominentes figuras de esa generación. Nos referimos a los entonces jóvenes Aristóbulo del Valle, Carlos Pellegrini, Delfín Gallo, Eugenio Cambaceres, Pedro Goyena. Ese primer desempeño le permitió intervenir con firmeza en los grandes problemas debatidos, dando amplia prueba de su independencia de carácter, sus cualidades oratorias y su saber en materias políticas. Al terminar su período desempeña la función de ministro plenipotenciario en el Paraguay, tarea nada fácil si se tiene en cuenta las espinosas

cuestiones que tuvo que resolver ante aquel gobierno prisionero, a su vez, por la astucia de la diplomacia brasilera. De aquel retiro fue llamado por sus coprovincianos para ocupar nuevamente su banca de Diputado, cuando, siendo todavía joven, ya ostentaba la plenitud del hombre maduro. Era el parlamento el medio propio para Achával, de modo que pudo allí desplegar todas sus cualidades con una generosidad, un desinterés y una constancia que sorprende y admira.

Cuando la Academia Literaria del Plata lo llama a sus filas, el doctor Achával es el jefe del grupo parlamentario que sostenía la necesidad de dar capital a la República. Firme en esa decisión acompañó y sostiene al Presidente Avellaneda cuando éste decide trasladar su gobierno a Belgrano, en 1880. No podemos extendernos en perfilar su labor en los años posteriores a su ingreso en la Academia, pero baste decir que luego de los sucesos del ochenta, y cuando el gobierno del general Roca, identificado con el liberalismo anticristiano, se decide a combatir el cristianismo, fue Achával el primero en salirle al paso, convirtiéndose en jefe parlamentario de la oposición, combatiendo la legislación liberal y pronunciando aquel célebre discurso en defensa de la enseñanza religiosa, que duró seis horas. Fue su último discurso en aquella tribuna, ya que esa oposición le valió el alejamiento de la política militante, matando así, su pre-candidatura para Presidente, como seguro sucesor de Roca, ya que era la figura más prestigiosa de su partido.

Cuando Achával ingresa en la Academia era ya un hombre de prestigio y sólo tenía treinta y cinco años. Como miembro de ella, a mediados de 1885 fue invitado a ocupar la tribuna, hablando sobre "*La ciencia y el siglo*". Ya para esa época Achával, distanciado de la política, vivía como modesto abogado en San José de Flores. Dos años después de aquella conferencia, fallecía. En su tum-

ba, su amigo íntimo, entre sollozos, terminaba así su despedida: "*¡Señor: manda a la patria hombres como éste!*"

Intimamente vinculado al Colegio del Salvador se hallaba el doctor Emilio Lamarca.

Otra figura de primera magnitud y también miembro de la Academia Literaria del Plata fue el doctor Tristán Achával Rodríguez. Igual que Estrada y Goyena, era joven cuando fue invitado a ingresar en la Academia. Había sido Achával Rodríguez alumno de Lamarca, otro renombrado miembro de la Academia. Integrante de la Comisión de reconstrucción del colegio, luego de su destrucción en 1875, asoció sus esfuerzos a tan noble tarea y ella lo vinculó definitivamente, a los treinta y un años, a las actividades católicas del país, hasta el día de su muerte. Estudia en Chile, y adolescente aún, parte para Inglaterra en donde realiza cursos en los Benedictinos de San Gregorio; prolonga estos estudios en Alemania y obtiene allí el título de ingeniero. En 1873 se halla de regreso en Buenos Aires y dos años después es flamante abogado por la facultad de Derecho de esta ciudad, al tiempo que contrae enlace. Al año siguiente es designado para ocupar la cátedra de Economía Política. Desempeña, también, por esos años, la Secretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores durante las presidencias de Sarmiento y Avellaneda, lo que le permite tener una participación activa en las cuestiones de límites con Chile, máximo problema de aquellos días, y se convierte en un experto en la materia. Con ello, una gloria más para los católicos argentinos, seguía la tradición de Frías, Santiago Estrada, Bernardo de Irigoyen, todos católicos y, al mismo tiempo, los máximos conocedores de aquella cuestión, a la par que los más destacados defensores de la llamada soberanía nacional.

La palabra de Emilio Lamarca fue solicitada en numerosas ocasiones por el Colegio del Salvador en festejos patrios,

veladas literarias o fiestas religiosas. Ello lo llevó, naturalmente, a colaborar íntimamente con la Academia. En ella pronunció un discurso sobre "*La elocuencia*", en 1888, tema de preocupación para los socios activos de esa institución, y sobre el cual bien podía disertar Lamarca por ser un orador consumado que a más de sus dotes naturales poseía una rica cultura clásica y el dominio completo de seis idiomas. El nombre Lamarca estuvo asociado a las grandes causas del país durante los últimos veinte años del siglo pasado y los primeros veinte de éste, siendo así, el puente de unión entre la generación política del ochenta y la generación social de los católicos de los dos primeros decenios de siglo XX. Fue sin duda el hombre mejor dotado para enfrentar la cuestión social entre los contemporáneos y por ello se convirtió en el maestro y el orientador, maestro y orientador cuyos consejos, lamentablemente no siempre fueron oídos y cuya palabra no siempre fue seguida. Su vida fue intensa y como un verdadero apóstol cosechó a su paso sacrificios y dolores, los que no entibiaron su alma fervorosa que se diría tocada por el dedo de Dios. Sus fuerzas, sus energías, su dinero estuvieron al servicio del catolicismo hasta el día de su muerte, acaecida en 1922.

Tiene la Academia del Plata, en aquellos años, un miembro honorario que le hace honor, y cuya vida y pensamiento, afirmamos con dolor, es casi totalmente desconocido. Nos referimos a Santiago Estrada. Pareciera que el renombre de su hermano, José Manuel, hubiera eclipsado su figura y, sin embargo, don Santiago Estrada tiene los méritos suficientes, no sólo para figurar con honor en las letras argentinas, de la cual se lo ha desterrado al olvido, sino también, en las filas del catolicismo militante.

Treinta y ocho años tenía cuando fue llamado a ingresar en la Academia. Ve-

ma crecido de una larga carrera de la de su hermano, a los diecisiete años. Desde esa temprana edad comenzó a manifestar una maestría, una madurez y una elevación de pensamiento que lo señalan como un hombre dotado de singulares dotes intelectuales. No siguió una carrera universitaria; fue un autodidacta que desde temprano se aficionó al estudio y a esa aventura, hoy tan olvidada, de pensar. Lector incansable, llegó a poseer una cultura envidiable, un profundo conocimiento de las letras antiguas y modernas, y ello lo preparó para la tarea en la cual se destacara singularmente la de crítico. Crítico literario, teatral y musical, se convirtió en un maestro de ese género. Y junto a esta labor docente, la otra, la que fue constante y embelleció su juventud con delicados y puros sentimientos, la labor apostólica al servicio de la Iglesia. Esta militancia lo llevó, igual que a su hermano, a vincular su nombre a la mayoría de las empresas católicas de su época.

En la diplomacia tuvo destacadísima actuación junto a Félix Frías, como Secretario de Legación en Chile, en cuyo desempeño adquirió un valiosísimo conocimiento de los problemas de límites con Chile. Posteriormente fue nombrado Secretario del Ministro de Relaciones Exteriores durante la misión de éste en el Brasil. De esa doble actuación sacó una inapreciable experiencia que le sirvió, como antes dijimos, para convertirse en uno de los hombres más versados en la cuestión de límites y de los más competentes para sostener los derechos argentinos sobre las tierras australes y combatir por la supresión del derecho de conquista. Sus obras, reunidas por él en España, alcanzan a siete volúmenes y podemos afirmar que, aún haciendo una selección de lo faltante, podrían sumarse otros tantos tomos.

Con tan preclaros antecedentes puede decirse que su incorporación a la Academia hizo honor a la misma. No podemos

reseñar aquí su activa vinculación con el colegio del Salvador, pero queremos destacar que en 1883, fue invitado a hacer uso de la palabra en el seno de la Academia. Su trabajo versó en esa ocasión sobre "*De la lectura en público*". En 1888 Santiago Estrada emprendía viaje a España, donde era ya conocido y admirado. En los diarios porteños de aquellos años publicó las reseñas de ese viaje, en cuya descripción puso en evidencia sus singulares dotes de artista consumado, demostradas ya en sus libros "*Viajes*", los únicos más conocidos entre los salidos de su pluma. En la madre patria, su casa era el lugar de animadas tertulias, adonde concurrían Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, José María Pereda y otras renombradas figuras de las letras españolas. Estando en Madrid le sorprendió la muerte en 1891, lejos de su patria, a la que estaba tan íntimamente vinculado, no obstante su lejanía territorial.

Dar un ligero perfil de cada uno de los hombres que pertenecieron a la Academia entre 1879 y 1900 nos exigiría muchas páginas; sin embargo y a riesgo de pecar por extensión queremos dar someras referencias de otras figuras que fueron también, por múltiples razones, notables y destacadas.

¿Cómo olvidar, entonces, a Carlos Guido Spano? Nuestra historia literaria recuerda a Guido, y la inmensa mayoría de los argentinos, al leer su nombre instintivamente piensan en el poeta; casi nos animaríamos a decir, en el deslucido poeta postromántico o premodernista, según la ubicación del crítico, con olvido de sus múltiples facetas de hombre, de periodista, de polemista, de funcionario. Esta visión así estereotipada, perjudica su valoración completa. Cuando Guido Spano ingresa en la Academia era, quizás, uno de sus miembros de más edad, pues tenía sesenta años. Era, por entonces, un funcionario de gobierno, desempeñándose en el Archivo General

de la Provincia. Formado en el patricio hogar del general Guido, pasó gran parte de su juventud fuera de la patria. Vuelve a ella luego de Caseros, y comienza a militar en el partido federal, a cuyo servicio puso su pluma, cultivada con una sólida cultura clásica, con muchas afinidades, en el estilo, a la de Mansilla. Fue durante ese período que va de 1852 a 1870, un brillante polemista versado en cuestiones de política nacional. De esta época data lo mejor de su obra, que se ha querido olvidar o desconocer. Sin embargo, quedan de ella algunas pruebas, no todas, pues son muchas más las que existen, en los dos tomos de su libro *"Ráfagas"*, cuyo título, apenas nos advierte de su contenido. En ese libro se puede percibir algo del humor, de la fantasía de Carlos Guido Spano, como también, de su pensamiento político y social. En dicha obra se halla, asimismo, el documento más valioso y esencial para comprenderlo, y es, su Autobiografía, "carta confidencial a un amigo que comete la indiscreción de publicarla", y que encabeza la obra.

Era Guido Spano un católico renombrado, conocido por su clásica figura de largas barbas. Su ingreso en la Academia se efectuó el 25 de junio de 1887, cuando su persona comenzaba a ser objeto de admiración nacional.

Una vida larga, activa y al servicio único de la patria y la religión fue la de Manuel D. Pizarro, miembro, también, de la Academia Literaria del Plata. Su actuación abarcó el escenario nacional, especialmente desde su banca en el Senado, donde conoció días de inmensas satisfacciones y su intervención logró resonancias inesperadas. Sin embargo, tuvo escenarios más reducidos pero no menos dignos de su talento, como Córdoba, su provincia natal, y Santa Fe, su provincia de adopción, que lo hiciera Conventional, magistrado, ministro y Senador nacional.

Venía Pizarro de una familia cordobesa de origen patricio, nieto de un gue-

rrero de la independencia e hijo de un coronel de la nación. Estudiante del Colegio de Nuestra Señora de Loreto y de la vieja Universidad de esa ciudad, estaba destinado, por su carácter y formación, a ocupar puestos de primera fila en la política nacional. Su figura grande, alta, de ademanes amplios y voz potente, dejaría a su paso una influencia profunda, persistente aún, no obstante los años. No era un escritor correcto; no podía serlo por la impetuosidad de su carácter, nacido más para la tribuna que para la pluma. Nos resulta imposible compendiar su vida y los rasgos distintivos de su personalidad hasta la fecha de su ingreso en la Academia. Repárese que su actuación se inicia en plena adolescencia, desde las aulas universitarias, pasando por las filas de las armas cuando la lucha en la elección presidencial entre las candidaturas de Derqui y Fraguero, y se continúa, luego, definitivamente, en las funciones públicas. Ha sido una personalidad original, independiente, recta, austera, capaz de abandonar un cargo a poco de ocuparlo, si se alzaba la más mínima sospecha sobre su persona, como de sostener, ocupando funciones públicas, polémicas célebres como los que entablara con Mitre, y Sarmiento, demostrando en ellas la sólida ciencia aprendida "en los conventos de las beatas de Bustos", como injustamente se lo enrostrara este último.

El nombre de Manuel D. Pizarro está asociado al de Estrada, Goyena, Lamarca, en la defensa de los verdaderos intereses morales y religiosos del país. Sus discursos en el Senado, defendiendo sus creencias, están impregnados de sólida doctrina y, a su hora, fue el fiscal que acusó al gobierno del General Roca, no obstante ser amigo del mismo, hasta pedir para él el juicio político. No militó en las mismas filas partidarias de sus amigos, por esa misma independencia de carácter que hemos mencionado, pero, cualquiera fuera en la que actuara, fue un verdadero campeón, cuyo nombre está

asociado a cincuenta años de vida política.

Su figura de católico era pública y reconocida al tiempo de llegar a la Academia. Sin embargo, su contribución a la misma fue menor que la prestada por otros miembros. Podemos mencionar, no obstante, que en septiembre de 1890, apenas dos meses después de la revolución en la que tuvo tan destacada actuación, ocupa la tribuna de la Academia. El tema que trató fue *"La Biblia"*, como prueba de que las reñidas cuestiones políticas no le quitaban la paz para meditar en el libro máximo del género humano, del cual extraía constantes enseñanzas para la vida política. Hemos mencionado la revolución del noventa y queremos, por último, como prueba del aprecio y la estima de que gozaba en la Academia, citar una nota que estimamos importante. Producida la revolución, Pizarro tiene en el Senado una resonante actuación, reclamando para él y para los católicos, el honor de haber contribuido a desencadenar la caída del régimen de Juárez Celman. Fue entonces cuando pronunció su lapidario apotegma: *"La revolución está vencida pero el gobierno está muerto"*. A raíz de esos acontecimientos renuncia a su banca en el Senado, para dejar en libertad a su provincia, más ésta, considerando un honor ser representada por un Senador de tales quilates, lo reelige inmediatamente. En tales circunstancias, le remite la Academia las siguientes expresiones: *"Si esta Asociación tuviera un carácter político, la congratulación que hoy presenta a Ud. tendría que inspirarse recordando las heroicas lides, que con abnegación y patriotismo sin igual sostuvo en el recinto de las leyes el eminente tribuno, que aún en los días más luctuosos para la patria, tuvo emociones ardientes en el alma, y una palabra más imponente y más fecunda que el estampido de cañón de nuestras luchas. Pero, dada la índole exclusivamente literaria y católica de esta Academia, creemos hallar no menores argu-*

mentos para saludar a Ud., al erudito hombre de letras, al patricio sin mancha; al ejemplar jefe de una respetable familia, y sobre todo, al fervoroso creyente, a quien podríamos decir esta palabra que compendia nuestra felicitación". La respuesta de Pizarro, lacónica y expresiva, fue la siguiente: *"Las lágrimas son el lenguaje del corazón y del alma. Las que manchan este pliego llevan a Dios mi adoración humilde; a vosotros, mi gratitud ferviente"*.

Dar una semblanza de Miguel Navarro Viola exigiría referirse a una personalidad que se inicia actuando durante el gobierno de Rosas y se continua hasta el noventa. Su vida es casi desconocida entre nosotros, no obstante su pública y destacada actuación en las letras y en la política nacional. Abogado, periodista, literato, diputado, traductor bibliógrafo, pedagogo y profesor. Todas estas actividades fueron pocas para contener su personalidad activa, laboriosa, intensa. Dotado de un carácter muy personal, que llamaríamos original y enérgico, tomó parte activa en nuestras luchas políticas, escribiendo en numerosos diarios políticos de su época y formando parte del grupo de periodistas federales que combatiera al partido nacionalista y al localismo porteño. Las publicaciones que dirigió, insustituibles para conocer nuestro pasado histórico y literario, como *"El Plata científico y literario"*, con 7 volúmenes; la *"Revista Popular de Buenos Aires"*, con 36 volúmenes; *"La revista de Buenos Aires"*, con 24 tomos, dirigida en forma conjunta con Vicente Quesada, dan prueba fehaciente de una contribución a las letras, aún no superada. Su incorporación a la Academia se efectuó en 1879 y en 1886 formó parte del jurado instituido por la Academia para discernir los premios en un concurso organizado para festejar el tercer centenario de Santa Rosa de Lima.

¿Cómo continuar refiriéndonos a los más destacados miembros de la Aca-

mia sin extender excesivamente esta galería de personalidades? Aún tendríamos que agregar más de una docena de figuras destacadas que condujeron a la Academia a la alta consideración de que gozó entre las asociaciones literarias del país. Recordamos, entre ellos, a Pedro L. Funes, otro cordobés, graduado en su Universidad y que llegó a la Academia pasando los sesenta años, luego de haber ocupado una banca de diputado al Congreso Nacional desde 1856, de ser Ministro de Instrucción Pública y Culto, y Senador por la provincia de su nacimiento. Orador de carácter chispeante, a veces jocoso, facilitado por su tonada provinciana, obligó, muchas veces, a los taquígrafos de la cámara a colocar en sus discursos aquella significativa y expresiva acotación: "*risas en las bancas*". Luego de su ingreso en la Academia, con motivo del debate suscitado por el proyecto de matrimonio civil, en 1888, tuvo destacada actuación junto a las reducidas filas católicas, presentando un contra-proyecto que no tuvo la dicha de ver debatido. También de Córdoba era el Pbro. doctor Jacinto Ríos, muerto joven cuando acababa de hacer su ingreso en el Congreso, en calidad de Diputado, llevado por el voto de sus conciudadanos. Talento brillante, rápido, de sólida cultura al mismo tiempo que conocedor de los grandes problemas políticos y sociales de su época, era considerado en Buenos Aires, por la fama de que venía precedido desde Córdoba. En esta ciudad, en 1886, había fundado el periódico "*El Porvenir*" para continuar desde el interior, la prédica que en Buenos Aires realizaba "*La Unión*". En 1884 tuvo una lucida actuación en la Primera Asamblea de Católicos Argentinos, realizada en Buenos Aires, en representación de la Asociación Católica cordobesa, teniendo a su cargo la defensa del Syllabus y la propaganda católica. Su ingreso a la Academia tuvo lugar junto con Guido Spano, en octubre de 1885. Al año siguiente, la misma Academia que lo cobijaba en su seno

premiaba su obra "*Biografía de Pedro Ignacio de Castro Barros*". Apenas nacida la Unión Cívica para combatir al gobierno de Juárez Celman, el doctor Ríos le presta su concurso inteligente y activo, y por él, el elemento católico de Córdoba ingresó en aquellas filas aportando de esta manera una expresión católica a ese movimiento cívico, luego fraccionado en dos tendencias políticas opuestas.

Apolinario C. Casabal fue miembro honorario de la primera hora. Secretario de la Primera Asamblea de Católicos Argentinos fue el brazo ejecutor de la misma, realizando aquella demostración de fuerza con escasos meses de preparación, gracias a buena parte de su constante energía. Su militancia católica se realizó en las filas de la Asociación Católica de Buenos Aires. Junto a Casabal es preciso citar al incansable Santiago O'Farrel, que llegó a ser Presidente de la Academia y que fuera integrante de aquel "*magnífico estado mayor*" del ochenta, y el hombre que junto con Lamarca se prolongó en la experiencia social de los católicos argentinos. Militante de la Asociación Católica de Buenos Aires, una vez formada la Unión Cívica prolongó en ella su actividad política, siendo uno de sus organizadores más activos. En 1892, cuando el padre Grote inició la fundación de los Círculos de Obreros, llamó a O'Farrel para que presidiera el primer Círculo, luego Círculo Central, alternando desde entonces, su labor entre los Círculos y la militancia política. Con ayuda de los votos católicos, en 1904 fue elegido Diputado Nacional, presentando el primer proyecto de descanso dominical en 1905. Posteriormente asoció su nombre a todas las empresas de carácter social católico, especialmente el Congreso Católico de 1907, presidido por Lamarca y en el que O'Farrel actuó como Vice-presidente. En esas deliberaciones presentó un estudio analizando las deficiencias de la legislación social ar-

gentina, indicando las soluciones que, aún hoy, cincuenta años después, esperan sanción legislativa.

Queremos, por último, mencionar la figura del académico doctor Pedro S. Alcácer. Egresado del Colegio la Inmaculada de Santa Fe, se trasladó a Buenos Aires y mientras cursaba la carrera de medicina, trabajó junto a Estrada en la organización de las fuerzas católicas. Fue relator en el Congreso católico de 1884, participando así mismo en el Congreso Terciario Franciscano y en el Congreso Católico de Córdoba, en 1908. Su actuación en política fue destacada, desempeñándose como convencional en la reforma constitucional de la provincia de Santa Fe y Ministro de Hacienda y de Gobierno, Instrucción Pública y Culto, en la misma provincia. En 1910 fue designado Director General de Correos y Telégrafos de la nación, habiendo sido, antes, durante seis años, Presidente del Consejo Federal de los Círculos de Obremos. Su ingreso en la Academia del Plata data de la primera época y sus relevantes méritos lo llevaron a ocupar la Presidencia durante un período.

Esta galería de nombres es ya demasiado extensa, y con los enumerados hemos querido conformar un sintético cuadro de las figuras más prominentes que pasaron por la Academia del Plata. No fueron los únicos, pues aún podríamos agregar los nombres de Santiago Klappenbach, su primer Presidente; el Dr. Isaac R. Pearson, ex director de *"El Pueblo"*, crítico e historiador; el Dr. Enrique B. Prack, periodista; el Dr. Juan M. Garro, historiador de la Universidad de Córdoba, diputado, ministro; el Dr. Juan M. Berrás, fundador de la Liga Democrática Cristiana; el Dr. Alejo Nevares, director del diario *"La Unión"*, y Juan de la Cruz Puig, Manuel Carlés, Carlos Navarro Lamarca, Juan M. Ochoa, etc. Todos ellos, en los primeros veintiún años de vida, dieron alto prestigio y fundada jerarquía a la Academia Literaria del Plata.